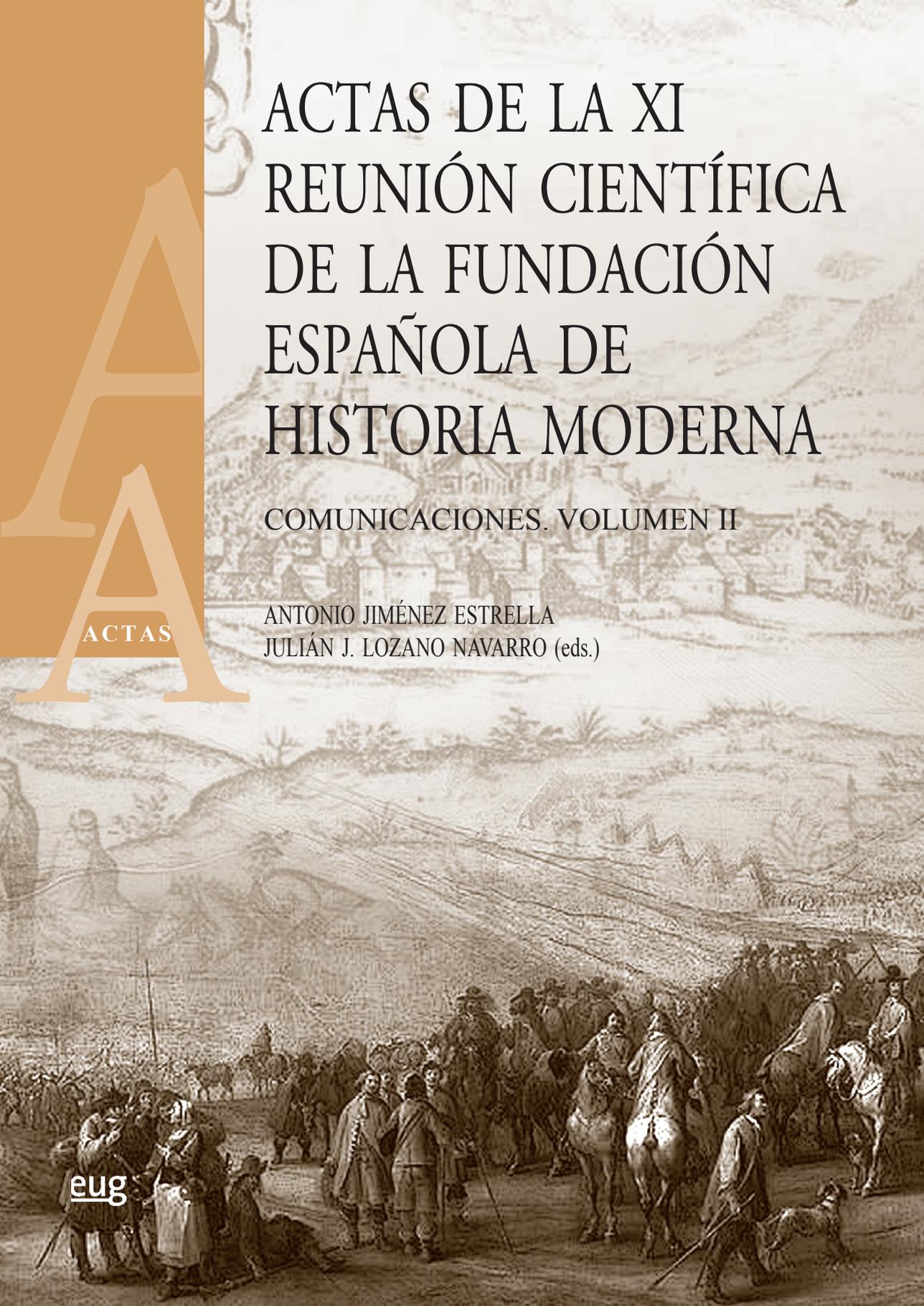




ACTAS DE LA XI REUNIÓN CIENTÍFICA DE LA FUNDACIÓN ESPAÑOLA DE HISTORIA MODERNA

COMUNICACIONES. VOLUMEN II

ANTONIO JIMÉNEZ ESTRELLA
JULIÁN J. LOZANO NAVARRO (eds.)



eug

ACTAS DE LA XI REUNIÓN
CIENTÍFICA DE LA FUNDACIÓN
ESPAÑOLA DE HISTORIA MODERNA
COMUNICACIONES

Volumen II

ANTONIO JIMÉNEZ ESTRELLA y
JULIÁN J. LOZANO NAVARRO
(eds.)

ACTAS DE LA XI REUNIÓN
CIENTÍFICA DE LA FUNDACIÓN
ESPAÑOLA DE HISTORIA MODERNA
COMUNICACIONES

Volumen II

CONFLICTIVIDAD Y VIOLENCIA EN LA
EDAD MODERNA

GRANADA
2012

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© LOS AUTORES.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
ACTAS DE LA XI REUNIÓN CIENTÍFICA DE LA
FUNDACIÓN ESPAÑOLA DE HISTORIA MODERNA.
ISBN: 978-84-338-5385-1. (Obra completa)
ISBN: 978-84-338-5386-8. (Vol. I)
ISBN: 978-84-338-5387-5. (Vol. II)
Depósito legal: Gr./ 1.285-2012
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Fotocomposición: CMD. Granada.
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Albea.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

COMITÉ CIENTÍFICO

Armando Alberola Romá (U. de Alicante), León Carlos Álvarez de Santaló (U. de Sevilla), Francisco José Aranda Pérez (U. de Castilla-La Mancha), Inmaculada Arias de Saavedra Alías (U. de Granada), Manuel Barrios Aguilera (U. de Granada), Juan Jesús Bravo Caro (U. de Málaga), Juan Luis Castellano Castellano (U. de Granada), Francisco Chacón Jiménez (U. de Murcia), Antonio Luis Cortés Peña (U. de Granada), Francisco Fernández Izquierdo (CSIC), M.^a del Prado de la Fuente Galán (U. de Granada), Inés Gómez González (U. de Granada), Antonio Jiménez Estrella (U. de Granada), Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (U. de Granada), Julián J. Lozano Navarro (U. de Granada), Jesús Manuel González Beltrán (U. de Cádiz), Margarita M.^a Birriel Salcedo (U. de Granada), Jesús Marina Barba (U. de Granada), Miguel Molina Martínez (U. de Granada), M.^a Ángeles Pérez Samper (U. de Barcelona), Manuel Rivero Rodríguez (U. Autónoma de Madrid), Juan Antonio Sánchez Belén (UNED), Francisco Sánchez-Montes González (U. de Granada), Rafael Torres Sánchez (U. de Navarra)

Esta publicación ha contado con la subvención del Ministerio de Ciencia e Innovación (HAR2009-08383) y de la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía.

ARMAS, ROPAS, COMIDAS Y CASERNAS. VIDA COTIDIANA DE UN INGENIERO MILITAR EN TIEMPO DE GUERRA Y PRISIÓN*

MARÍA ZOZAYA MONTES
Universidad de Valladolid

Aceptado por el Comité Científico: 30-05-2010

La noche era muy fresca y el pobre Pueyo trahía una casaca de cúbica, le dí para abrigarse la manta que tenía sobre el caballo. Al amanecer llegamos a una venta donde ya encontramos al general en gefe¹.

INTRODUCCIÓN. ESCRIBIR UN DIARIO EN TIEMPO DE GUERRA

Este estudio se basa principalmente en el diario escrito por José María Román, ingeniero militar hoy prácticamente desconocido². Comenzó a escribirlo en junio de 1808, cuando fue a luchar a Zaragoza contra los franceses. Tras la capitulación de la ciudad fue cogido prisionero en 1809. Conducido a Francia, permaneció cautivo de élite hasta 1814, cuando regresó a España. Durante ese tiempo fue anotando sus impresiones en folios sueltos que doblaba en cuartillas. Iba marcándolos con números o letras en la parte superior derecha. Con posterioridad, unió estas hojas sueltas en una encuadernación de piel.

La vida cotidiana que retrató este ingeniero en tiempo de guerra y de cautiverio aparece a modo de fogonazos impresionistas dispersos entre las páginas del diario. Aquí se abordará el mundo cotidiano de la guerra, la alimentación y el alojamiento; finalmente, su régimen de cautiverio en la Francia napoleónica.

EL AUTOR Y SU PROFESIÓN

José María Román nació en 1784 en Matapozuelos, Valladolid. Procedía de una familia media de una rama secundona de la nobleza, por lo cual pudo

* Investigación vinculada al proyecto *Elites Contemporáneas* (Pedro Carasa, BABECyL; GR110) y *Grupos profesionales* (Francisco Villacorta, HUM 2007-62675/HIST).

1. José M.^a Román, *Manuscrito original del diario del yngeniero militar José M.^a Román*, publicado por: María Zozaya, *Viaje del ingeniero militar José M.^a Román durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Madrid, 2008, pág. 41. [En adelante citado: Román, pág. x].

2. Para contextualizarlo empleo *Archivo General Militar de Segovia [AGMS]*, *Archivo Municipal de Zaragoza [AMZ]* y *Archivo Histórico Nacional [AHN]*.

dedicarse a las armas³. Así, comenzó su formación en la Academia Militar de Zamora y participó en 1801 en la guerra contra Portugal. Pertenecía a los grupos ilustrados que contaban con un *cursus honorum* vinculado al mundo de las letras. Su padre, Juan de Dios Román, se graduó en la Universidad de Valladolid, donde fue abogado de los reales consejos de la Real Chancillería⁴. Dicho oficio pudo orientar la formación de este joven hacia una carrera ligada a un terreno más extenso que el castrense. En 1804 ingresó en calidad de noble como cadete en la Real Academia de Ingenieros de Alcalá de Henares. Ésta fue creada en 1802 para unificar las varias academias del ramo que existían en España, mantenía difíciles pruebas de acceso y exigía una gran preparación⁵.

Por aquel entonces, Román era un joven ilustrado de una elevada formación intelectual y sagaz en la organización de la guerra, como mostraría al poco en campaña⁶. En 1808 era teniente y profesor en la Real Academia⁷. De allí salió junto con otros profesores para organizar la lucha de Zaragoza contra el invasor francés. Partieron la noche del 8 de junio, cabalgaron hasta el amanecer, y pasaron varios días hasta llegar a Aragón.

LA MIRADA ESTRATÉGICA

A lo largo del camino, José María Román fue dejando constancia sobria, concisa y objetiva de su constante labor de vigilancia. Esa faceta revela que el *diario* era el cuaderno de guerra de un ingeniero. Desde el comienzo de la expedición, Román fue describiendo el terreno. Mostraba rápidamente las posibilidades de un pueblo. Al principiar el viaje comentaba del pueblo castellano de Huerta que tenía «una situación hermosa» y «un magnífico monasterio de Bernardos». Pincelaba Tudela como una

«ciudad hermosa situada sobre el Ebro, en el qual hay un puente. Tiene algunos edificios buenos y, sobre todo, una gente extremadamente amable»⁸.

Aunque a veces aparecía ese registro corográfico de los habitantes, en general Román se fijaba en los lugares buenos para la defensa y comunicación. Como Sos, desde la que se veían los Pirineos, una fortaleza natural, «situada en una

3. Antonio Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, 1973.

4. *AGMS*, secc.1.ª; leg. R. 2757, fol. 5. *AHN*, cons. 12138, exp. 12.

5. José I. Muro y Horacio Capel en: Antonio Lafuente; Ana Cardoso; Tiago Segura (eds.), *Maquinismo Ibérico*, 2007, Madrid, págs. 191-200.

6. Obtuvo los grados de teniente y capitán, escudos de distinción y la cruz de San Fernando. *AMZ*: 28-1/79; 08191, fol.11 r.º

7. *AGMS*, secc.1.ª; leg. R.2757, fols. 1-3.

8. Román, págs. 39, 47. Manuel-R. García, *El arma de la palabra*, Coruña, 2002. Horacio Capel (coord.) *Actuación de los ingenieros militares en Canarias*, Tenerife, 2001, págs. 13-18.

altura escarpada por todas partes» y «murada á lo antiguo». Atendía además a posibles puntos para establecer intendencias, como «una parroquia muy antigua», un colegio de Escolapios y, extramuros, el convento de Valentoñana. Registraba los pueblos ubicados en fuerte desnivel, conocimiento útil para potenciales movimientos estratégicos. Como el pueblo navarro de Galipienzo, que estaba:

«en una altura muy considerable: las calles son tan pendientes que una casa regular de dos pisos tiene el texado al nivel de la calle por el lado opuesto, los perros se pasean continuamente por los texados, y aún los bueyes podrían pacer en ellos. Todo el terreno alrededor de Gallipienzo es sumamente quebrado»⁹.

Con tales datos podían después actuar en consecuencia. Encontrar refugio en los parajes naturales, como cuando en agosto de 1808 su columna encontró unos enemigos en Alfaro que les hicieron retroceder y, tras la dispersión, «se reunió el Ejército y tomó posición en unas alturas». Asimismo, sabiendo las principales zonas de paso, podían restringir a los enemigos el acceso, y con él, sus recursos. En ocasiones tales objetivos no eran necesariamente los puentes, como el sólido navarro de Caseda o el elegante y amplio de Galipienzo, que no destruyeron porque no constituían puntos de paso precisos, sino que cortaron los caminos inmediatos a ellos. Llegado el momento, sí tuvieron que hacerlo. En agosto de 1808 en Tudela, como los enemigos iban a atacarles con fuerzas muy superiores, determinaron «á buen tiempo la retirada» y para cortar el puente se quedó Román de los últimos, junto con Albo y el comandante de ingenieros Cayetano Zappino¹⁰.

Anotaba las obras arquitectónicas existentes. Recicló algunas como sistemas defensivos estando sitiados en Zaragoza. Durante el primer asedio, Román construyó un parapeto junto a la Torre del Arzobispo. La intervención sobre la arquitectura fue más intensa durante el segundo asedio en febrero de 1809. Román intervino los conventos de Santa Mónica y San Agustín, construyendo en sus claustros unos parapetos «para evitar los progresos de los enemigos» en los momentos finales de la batalla. Además, relataba:

«En este último convento hice en la sacristía una batería para dos Cañones, aspillerando al mismo tiempo toda la parte exterior, así como en las Mónicas, reforzando los muros, etc. Puse el mirador alto de las Mónicas en estado de que pudiese contener algunos fusileros»¹¹.

Respecto a los particulares sistemas de defensa y ataque que empezaron a idear los aragoneses, Román sólo reflejó, en Ejea de los Caballeros, «el co-

9. Román, págs. 49, 51.

10. Román, págs. 48, 50, 48. Recompensaron su acción extraordinaria: *AMZ*: 28-1/79; 08191, fol. 10v.^o

11. Para pasar al cercano molino de Goicoechea hizo una comunicación subterránea donde dispusieron dos hornillos que luego estallaron. Román, págs. 45, 56, 55.

rral en que querían encerrar los toros que habían de soltar a la llegada de los franceses»¹².

LOS CABALLOS Y LA GUERRA

El transporte habitual en el camino a Zaragoza, las salidas expedicionarias o el camino a Francia fue el caballo. Lo usaban los tenientes y coroneles de ingenieros, el general en jefe José de Palafox con sus edecanes u otras jerarquías militares. El marqués de Lazán, tras erigirse en jefe de los generales, iba además en tartana. Obtener un buen caballo era de suma importancia, pero por su escasez era difícil hasta con influencias. En efecto, al comenzar la guerra, estando en Calatayud Román obtuvo un caballo que, «a pesar de toda la protección del Señor Toro, fue de los más malos que se repartieron». Eso puso en peligro su vida después, en las inmediaciones de Zaragoza, cuando al huir de unos dragones franceses entraron en un corral sin salida y, para escapar:

«Metimos espuelas a los caballos y pasamos por delante, sin que algunos tiros que nos dirigieron nos tocasen. Si hubieran corrido tras de nosotros nos hubieran sin duda cogido, a mí a lo menos, que no tenía un caballo muy corredor»¹³.

Respecto a la guerra en sí, el momento preferido para las expediciones de reconocimiento era el día, y el elegido para desenvolver sistemas de ataque era la noche. Entonces montaban las baterías, atacaban los enemigos o hacían las zapas por sorpresa; como cuando los franceses habían tomado ya media ciudad:

«El día 8 al amanecer apareció una zapa volante doble, por medio de la qual habían atravesado el Coso enfrente a la puerta del seminario de San Carlos en las ruinas: cuya puerta se encontró derribada con petardo o bombas».

Sabían que los minadores enemigos realizaban galerías porque oían ruido subterráneo a través de los caños de las casas de la calle del Coso; eso hizo presumir a Román que querían volar la calle desde su parte inferior. Comentaba en febrero, poco antes de la capitulación de Zaragoza:

12. Román, pág. 49. Agustín Alcaide, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*, Madrid, 1830, TI, págs. 75, 87.

13. Los menciona por escaparse o cuando, huyendo de Épila, llegaron a un puente, oyeron los caballos de Francisco Palafox y sus edecanes, aquel «viendo que el paso era estrecho y que no podía andar tan aprisa como quería gritó: «abrid paso señores, que soy yo, soy el General; adelante no hay peligro; atrás, atrás vienen». Con un motivo tan justo se le dexó paso y él metió espuelas al caballo». Román, págs. 62, 54, 41.

«En los días 9 y 10 se oyó un trabajo subterráneo en la última casa que manteníamos junto a la Universidad. Habiendo reconocido diferentes veces la bodega, sentimos aproximarse sensible el minador. El 11 no se le oyó trabajar, de lo que inferimos que estaba ya la mina pronta. El 12 observamos el mismo silencio, pero apenas habíamos salido de la bodega quando se voló la mina»¹⁴.

LAS ARMAS

Para sitiar Zaragoza los franceses emplearon principalmente granadas y balas de cañón. Los españoles también usaban cañones en sus expediciones (uno por regimiento), perdiendo algunos al ser atacados por sorpresa o porque no podían atravesar los cañaverales y huertas. Los soldados, franceses y españoles, cargaban sus fusiles. Los ingenieros llevaban su sable, incluso de plata, que les robó el comandante Morlot al hacerles prisioneros.

Román ofreció un resumen de la armamentística hasta la época al visitar el Museo de Artillería de París, «donde se halla todo lo que es posible inventar para la destrucción de la especie humana». Reunía «todo lo perteneciente a la Artillería». Contenía muchas armaduras completas de hombres y caballos, desde la de Francisco I ó Juana de Arco, hasta el casco y escudo de Atila. También mecanismos de ingenios técnicos como:

«[...] un puñal de una invención atroz, cuya hoja se divide en tres quando se ha introducido en el cuerpo; una pistola de *sortie*, para precaverse de los ladrones: se dispara por medio de una cuerda en que el ladrón debe tocar para entrar, al mismo tiempo que la pistola se dispara, se enciende una luz que está pegada a ella. La máquina infernal: consiste en un barril pequeño lleno de pólvora, que se mete dentro de otro mayor, lleno de materias combustibles; se pega fuego por medio de una mecha que se enciende con \una llave de/ escopeta; la mecha da 40 segundos de tiempo para escaparse. [...] dos mosquetones rayados que se cargan por la culata. Pistolas magníficas francesas y extranjeras, desde el siglo XV hasta el XVIII».

El museo conservaba armas de mayor calibre. Como los morteretes de bronce con mango de madera, ideados por Carnot «para lanzar granadas de mano en las plazas». Había múltiples elementos de ataque, de reconocimiento en campaña, de música u otros de función simbólica identificativa:

«Muchos estandartes, arcos y flechas de los salvajes. Varias picas italianas con una y dos pistolas. El cuerno conque los suizos daban la señal del combate. Un timbal de peso de 500 libras del órgano de Strasburgo. El modelo de una columna triunfal, compuesta de piezas de artillería tomadas en la batalla

14. Román, págs. 56-57. Sobre la vida cotidiana y militar empleo la bibliografía de José V. Herrero, Ricardo Robledo o Alberto Gil; José M. Cuenca, Jaime Aragón, Javier Moreno, Enrique Martínez y Felipe Gómez, en Javier Moreno, «La guerra de la Independencia», *Historia Social*, núm. 64 (2009), págs. 139-162.

de Austerlitz y de balas. Una escala para observar fácilmente la posición del enemigo en Campaña rasa y para dar señales; se compone de dos piezas que se encaxan una en otra, las dos en un Caxon bastante largo»¹⁵

COMIDA Y BEBIDA

La bebida más común era el agua, como relucía en momentos de escasez. En su primera expedición de reconocimiento a Aragón, Román no encontró agua ni hogar alguno; llegó a una venta con una balsa con agua que «era más bien lodo», pese a lo cual tuvo que beber, sirviéndole de vaso el sombrero de un aragonés. Mencionó mucho más el alcohol. El vino, por las ciudades célebres en su producción, como Cariñena, Beaune, Borgoña u otras como «la aldea de Laxon, cuyo vino tiene fama por lo malo». La *cidra* se bebía desde la provincia de Normandía (que conoció por su cautiverio en Caudebec en 1814) hasta Magny, cuyos campos inmensos estaban cubiertos de manzanos. La cerveza y el licor aparecían indirectamente por las fábricas de cerveza de Nancy; el aguardiente, porque se congelaba por el frío invierno, como sucedía con el vino, el pan y los huevos¹⁶.

Dado que en tiempo de guerra Román se centró más en los aspectos defensivos, apenas mencionó la comida (ni el mercado negro ni los expolios, comunes en otras zonas). Emergía más bien por la excepción, como cuando en Tudela se gastaron cuatro duros en pasteles. Respecto a la comida de campaña, a Román le sorprendió un proyecto de cocina ambulante para hacer la sopa económica Rumford¹⁷. Desde su salida de Zaragoza hasta su llegada a Francia, les dieron como prisioneros «una ración de pan de munición y, algún que otro día, carne», lo que suponía un festín en épocas bélicas¹⁸.

Camino a Francia reflejó más su gastronomía, tal vez por la novedad. En Bazas, en la cara fonda del *bon Paris* comieron «pierna de carnero recogida». Probó nuevos platos durante su cautiverio, e incluso apuntó recetas de tartas dulces y de la quiche, un «almuerzo muy usado en la Lorena». Consignó algunas comidas por la reputación que daban a las ciudades, como Périgueux, «nombrada por sus pollas, pasteles de perdiges y criadillas de tierra»¹⁹.

15. Román, págs. 41, 45, 58, 59, 138, 139. Véase Alvaro Soler, *El arte del poder*, Madrid, 2010.

16. Román, pág. 107. Posiblemente no refirió el alcohol en tiempo de campaña por tener que organizar la estrategia lúcido. Pero las altas jerarquías lo dispensaban entre los soldados acompañando sus arengas. Ocurriría así —aunque no se recogiera en los relatos oficiales— cuando en Zaragoza Cayetano Zappino animaba a la tropa a ir a la guerra. Fernando García-M., *Memorias para la historia militar de la guerra*, Madrid, 1817, pág. 102.

17. Román, pág. 140. Sopa para masticar lentamente, de guisantes, cereales y patatas, que se recocían varias veces. La ideó el físico americano conde Rumford, quien contribuyó a la creación de las ollas de vapor de campaña. Sanborn Conner, *Count Rumford*, Greenwood, 1979.

18. Román, pág. 60. Walter B. Gratzter. *Terrors of the table*, Oxford, 2005, págs. 14-15.

19. Román, págs. 58, 97, 62. Véase Jean P. Poulain, «French Gastronomy», en VVAA, *Culinary Cultures of Europe*, Strasbourg, 2005, págs. 157-170.

GASTOS EN COMIDA Y HÁBITOS ALIMENTICIOS

Tras rendirse en Zaragoza, los habitantes cercanos a la ciudad les asistieron llevándoles comida y «toda clase de socorros», e igual ocurrió en Navarra. Salvo aquellos primeros días, durante todo el camino de España a Francia, Román y sus compañeros se pagaron la comida de su propio peculio. Las fondillas del norte de España les salieron bien caras. Notaron el contraste de precios al llegar a Dax. Tras cobrarles 22 reales por cabeza, incluyendo cena, cama y almuerzo, exclamaron todos «¡Qué barato!», de donde se podía inferir según Román lo que habían gastado en el camino.

Algunos ingenieros tenían más gastos de los que podían afrontar, pese al dinero recibido por soldada. Donde quiera que se alojasen, solían pagar la comida, quedándoles apenas nada. Al salir de Zaragoza, Román tenía dos duros, y sólo esa primera noche los nueve ingenieros gastaron 16. Ya en Tudela vendió «el cubierto» con que le habían asistido los vecinos. A partir de su estancia en Dax comenzaron a darles «las etapas a razón de tres francos por día». Pese a ello, el gasto superaba el ingreso. Así, hablaba de la exquisita comida de Périgueux por lo que oyó decir, porque —decía— «mis fondos no me permitían asegurarme de la verdad por mí mismo». Finalmente, pudo afrontar esos gastos del trayecto gracias a su compañero el coronel Juan Miguel Quiroga, quien tuvo la generosidad de prestarle todo el dinero que necesitó, y con quien contrajo grandes deudas²⁰.

Román aportó más detalles sobre los usos alimenticios cotidianos en Francia, probablemente por tratarse de hábitos corográficos novedosos²¹. Destacaba la limpieza y buen servicio de las fondillas, por pequeñas que fueran; asimismo, que en las posadas de Nancy siempre encontraban qué comer, por separado o en mesa redonda común, a un precio asequible de tres francos. Muchas gentes de los pueblos se abonaban a comer o hacían «traer de ellas sus comidas, o por más barato o por más cómodo». Respecto a sus costumbres, eran educados en la mesa. Se plasmaba cuando cenaron «en casa de un oficial Ruso cuyos modales nos chocaron por su grosería». Criticando su conducta reflejaba ese proceso de aprehensión de las normas sociales de la élite, que demostraba cierto grado de civilización, también indicativo de la jerarquía social²².

Los ingenieros mantenían sus hábitos corporativos²³, incluso para comer, que rompieron sólo una vez para cenar con un cura «muy patriota». Su corpo-

20. Román, págs. 57, 60-62. Sobre los precios, Elena García G., *Las alteraciones monetarias en la Europa Moderna*, Madrid, 2000.

21. Pudo deberse a la importancia otorgada en Francia a la bebida y la comida: Pierre L. Horn, *Handbook of french popular culture*, Greenwood, 1981, pág. 97.

22. Román, págs. 142, 70, 99, 58. Norbert Elias, *La civilisation des moeurs*, Paris, 1991, págs. 121-155; 185-195. Stephen Menell, *Classical readings in culture and civilization*, Kibdibm 1998. Sólo mencionó las necesidades naturales (asumiendo esa intimidad) a través de los comunes en Francia o en Tudela, compuestos de unas tablillas instaladas en los graneros.

23. VV.AA., *De Palas a Minerva*, Barcelona, 1988; costumbres también militares, Francisco Andújar, *Los militares en la España del S.XVIII*, Granada, 1991, pág. 212.

rativismo iba más allá de su grupo inmediato. Lejos de sus ámbitos propios de actuación, reproducían sus prácticas comunales con otros altos cargos. En Dijon se encontraron con el antiguo virrey de Navarra, padre de su compañero de la Real Academia Francisco Gregorio:

«El día que llegamos nos dio de comer el marqués de Vallesantoro, que se hallaba allí con su hijo Juanito, como también Manzanares, Gil de Bernabé y Font. Al día siguiente comimos juntos todos los del Cuerpo y algunos amigos más».²⁴

LA VESTIMENTA

Las informaciones sobre la ropa fueron escuetas y afloraban por temas indirectos como el económico. Román decía estando en Burdeos: «Vendí mis charreteras, con el dinero que saqué de ellas y más que me dio Quiroga, compré unas botas y un sombrero». Dejaba entonces de lado cuestiones vinculadas al prestigio militar en función de la supervivencia cotidiana. Botas y sombrero eran de gran utilidad en momentos de incertidumbre, cuando se desconocía cuántas leguas más tendría que andar o cabalgar ante las inclemencias del tiempo²⁵.



Lámina 1: Uniformes de ingenieros militares, 1800-1808²⁶.

24. Román, págs. 49, 66. Mariano Sala, *Obelisco...*, *op. cit.*, págs. 150-151.

25. María Zozaya «Novecientas leguas», en María Zozaya, *Viaje...*, *op. cit.*, págs. 25-29.

26. Fuente: web de la Real Academia de Ingenieros de Alcalá: [www. Ingenierosdelrey.com](http://www.Ingenierosdelrey.com).

Los uniformes de los ingenieros militares y zapadores se muestran en la lámina 1. Los cadetes de ingenieros vestían pantalón blanco, casaca azul con puños pecho y cuello grana. Los oficiales, pantalón azul, casaca azul con puños y cuello encarnados, pecho grana. Otorgaban gran relevancia simbólica a su uniforme y no consentían que se hiciera con él la guardia a los militares²⁷. Solían llevar una capa encima, salvo en situaciones imprevistas, como la relatada al comenzar estas páginas. Acaeció tras una dispersión del ejército, cuando tuvieron que pasar la noche con lo puesto y Román le dejó la manta de la silla del caballo al veterano coronel Manuel Pueyo²⁸, que vestía una ligera casaca de cúbica²⁹.

Los ciudadanos de Nancy vestían una levita como única ropa exterior (rara vez algún capote), pese a las bajas temperaturas del invierno. Debajo llevaban chaquetas y calzones de bayeta. En época de heladas algunos se ponían sobre las botas otras de orillo para evitar los resbalones; o llevaban bajo el zapato uno de hierro con varias puntas que se clavaban en el hielo³⁰.

Alojamientos varios

Fueron residiendo en lugares muy variados. Durante la guerra y en sus salidas de expedición (Zaragoza y alrededores), durmieron a cuerpo, en fondillas y en casas de particulares, incluso con sábanas, todo un lujo en aquellas circunstancias. Al principio de la contienda, estando en la falda del Moncayo, tras decidir las posiciones del ejército comenzaron a andar por la noche, pero al llegar a un riachuelo tuvieron que cruzar por una tabla de uno en uno, haciéndose tal atasco que «cada soldado se echó a dormir por su lado, Montijo mismo dormía en su tartana, que estaba parada»³¹. Junto al pueblo aragonés de Justibol, quemado y abandonado, los superiores les ordenaron meterse en un olivar rodeado de tapias, donde abrieron un boquete y en aquel «punto tan interesante» pasaron la noche.

Tras ser cogidos prisioneros sufrieron el trato vengativo del ejército francés, pasando una de las peores noches. Les condujeron a un corralón junto a la Casa Blanca, no les dieron nada para comer ni leña para calentarse «y el frío era expresivo». Camino a Francia durmieron en variados lugares. Un pajar, un corral,

27. Por los uniformes Román reconocía a militares extranjeros. Sólo cambió en una ocasión su casaca por otra camino a Francia. René North, *Uniformes Militares*, Barcelona, 1970, págs. 30-45.

28. Román, págs. 60, 55. Sobre Pueyo: Mariano Sala, *Obelisco...*, *op. cit.*, pág. 134.

29. Tela de lana de un tejido descubierto para hacer casacas y levitas, propio de la sastrería moderna. Esteban Pichardo, *Diccionario provincial de voces cubanas*, Cuba, 1836, pág. 80. Los textiles de la época: Rosa M.^a Dávila, Monserrat Durán, Máximo García, *Diccionario histórico de telas y tejidos*, Castilla León, 2004.

30. Román, pág. 108.

31. Sobre las dificultosas rutas, Antonio Domínguez Ortiz, *El Antiguo Régimen*, Madrid, 1980, págs. 88-93.

una universidad, una iglesia, unas cercas fuera del pueblo, un hospital «de donde acababan de sacar a los enfermos». Román logró evadirse a fondillas o casas de particulares. En Caparroso se alojó con dos compañeros ingenieros en casa del escribano, quien les dio una buena cena y cama que no habían «disfrutado en todo el sitio» de Zaragoza³².

En Francia residieron en casernas, fondillas y posadas. Román destacaba el gran nivel de las posadas, por pequeños que fuesen los pueblos; había una infinidad de ellas «en todas las carreras; hasta en el lugar más infeliz hay tres o quatro y, en todas, unas camas muy buenas y quartos muy decentes». Las habitaciones de alquiler —*chambres garnies*—, según el lugar y piso en donde se hallaban, o su magnitud y adornos, podían costar «desde 6 y 8 francos hasta 30 y 36 por mes», y:

«Todos tienen una cama, más o menos buena según el precio del cuarto; las buenas tienen dos o tres colchones de lana o crin, uno de pluma, buenas sábanas y \una o dos cubiertas/, otra cubierta para poner por el día y una buena colgadura. En el invierno se pone encima un colchoncillo de pluma sumamente fina, cubierta de tafetán; este colchoncillo, llamado *duvet* es extremadamente ligero y de mucho abrigo. [...] Hay igualmente en el cuarto una cómoda, regularmente revestida de caoba con adornos de bronce, cubierta de mármol; \un tremol sobre la chimenea/; una mesa bien trabajada; otra mesa pequeña con un cajón para poner el orinal, llamada *table de nuit*; dos candeleros con sus despabiladeras y apagador»³³.

La forma de calentarse variaba. En tiendas y otros espacios donde no existían medios, las mujeres empleaban el *couvet*, «un maridete o puchero de barro o de cobre» que se colocaba «debajo de las sayas, con fuego», y las señoras finas usaban una rejilla para poner los pies, con lo que este artilugio marcaba las diferencias sociales. Pero lo común era mantener templados los aposentos con estufas o chimeneas. Román relataba de los de alquiler:

«En cada quarto hay una chimenea con su repisa de mármol. Si la chimenea es grande, suelen aplicarle otra de hierro que llaman chimenea turca, por medio de la qual el fuego se aproxima un poco a lo interior del aposento; pero si se quiere tener un calor más fuerte y más igual \con menos leña/, se pone una estufa. Éstas varían en su materia y figura: las hay de hierro fundido, de hierro en hojas —que llaman *tôle*—, de *fayence* —de barro—; las de estas dos últimas especies no ofenden la cabeza y procuran un calor muy dulce»³⁴.

32. Román, págs. 46,48, 57,58. Los franceses incumplieron varias condiciones de la capitulación. Fernando García-M., *Memorias...*, *op. cit.*, págs. 156-158.

33. Román, págs. 99, 82. Comodidades como el ligero *duvet* (pluma entre el cuello y el pecho de la oca) parecían a Román inmejorables. Pero en París criticaban esas *chambres garnies* por estar sucias y alojar a gente de diferentes nacionalidades con vida disipada. Louis S-M., *Tableau de Paris*, Paris, 1782; *Dictionnaire historique des institutions, moeurs et coutumes de la France*, Paris, 1899.

34. Román, págs. 108, 82.

RÉGIMEN DE CAUTIVERIO EN FRANCIA, LAS CASERNAS MILITARES

Cuando llegaron prisioneros a Nancy se alojaron inicialmente en las casernas militares de Santa Catalina. Reproducían los modelos de edificios de reclusión, de construcción severa, funcional y monumental³⁵, propios de lugares militarizados (no como Caudebec, carente de tales instalaciones). La caserna estaba:

«[...] compuesta de tres edificios que forman los tres lados de un rectángulo, cuyo cuarto lado está formado por un foso y una barandilla, y en medio del qual está la puerta. Esta plaza sirve para las evoluciones e instrucción de las tropas. La caserna del medio es más larga que las de los lados. En quanto a las demás, son enteramente iguales. Cada una de ellas tiene quatro pisos, sin contar las bodegas ni desvanes, que son muy considerables».

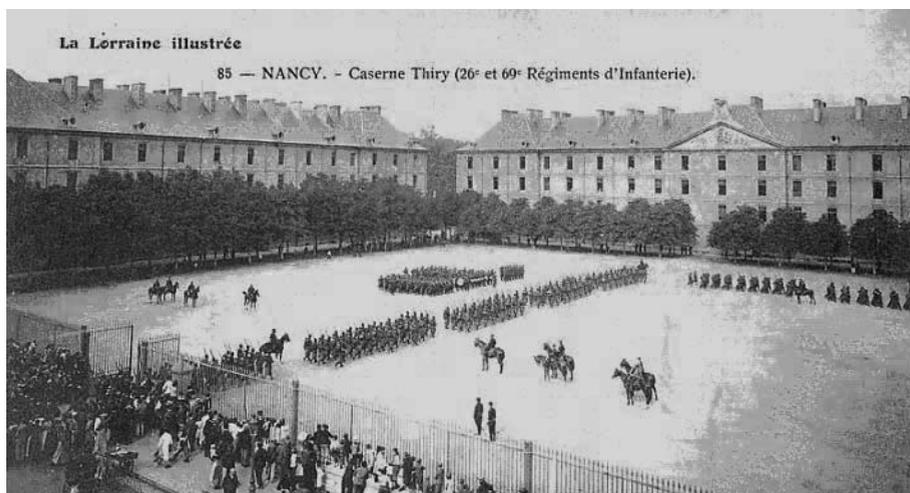


Lámina 2: Casernas de Santa Caterina (posteriormente llamada Thiry y sin el foso). Fuente: Colección privada P. Boyer, Nancy³⁶.

35. Teresa M. Sala, *La vida cotidiana en la Barcelona de 1900*, Madrid, 2005, pág. 160.

36. Agradezco mucho a Odile Bouchout del CDN que me facilitara estas imágenes de Nancy, publicadas en www.als.uhp-nancy.fr.

Describía también sus estancias interiores y características:

«Estas Casernas están interiormente divididas en cuartos iguales. En todos ellos hay chimenea y cada uno contiene seis camas anchas y, por consiguiente, según el uso de Francia, hay alojados doce soldados. Los pabellones de los oficiales son enteramente iguales a los otros cuartos en cuanto a la magnitud, pero están divididos interiormente en tres partes. En este cuartel pueden estar alojados tres mil hombres. A las dos extremidades de la Caserna del fondo hay dos fuentes abundantes y, mas lejos, en los dos ángulos de una tapia que rodea todos estos edificios, están colocados los comunes. Además de este cuartel hay otros tres mucho menos considerables; uno de ellos sirve para caballería»³⁷.

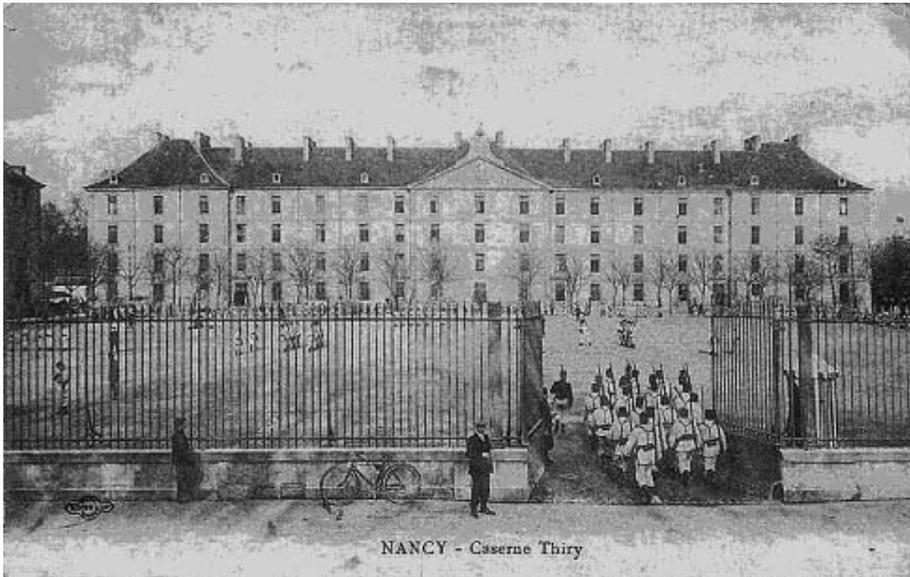


Lámina 3: Detalle frontal de la caserna central. Fuente: P. Boyer (ver lámina 2).

Román residió en esas casernas entre abril y de junio de 1809. El régimen de presidio varió según la época. Dependió de motivos de carácter personal. Primero, el trato dependía del mandatario superior, que fuese benevolente o duro. Segundo, esos controladores ejercían selectivamente tratos preferentes con sus prisioneros. Así, al principio de su estancia en Nancy tuvieron por comandante a Morot, quien les robaba algo de su soldada, pero:

«era hombre bueno, como también el general Gilot: baxo su mando no teníamos más que una lista al mes; no se nos limitó la distancia a que podíamos salir

37. Román, pág. 70.

fuera de la ciudad, ni la hora de la noche en que podíamos andar por ella. Así es que asistíamos a las romerías y fiestas de los pueblos vecinos»³⁸.

Tan bueno fue el trato que paradójicamente consignó el principio de la prisión como un «tiempo de libertad». En esa época pudo formarse, ampliar su cultura y conocimientos más allá de las censuras inquisitoriales o fernandinas. Tales ventajas físicas e intelectuales tamizaron sus vivencias de manera más positiva que la realidad vivida³⁹, pues, aunque ventajosa, no elidía las duras condiciones de todo prisionero⁴⁰.

Poco a poco fueron endureciendo el régimen de cautiverio por antojo de los mandos superiores. Pasaron a cercenar la antigua libertad de horarios, distancia y movimientos. Pasaban listas dos veces al día y establecieron un estricto control, censurando la correspondencia y castigándoles a ser encerrados en castillos, pena mucho más cruda y temida⁴¹:

«A la muerte del General Gilot tuvimos por Comandante a *monsieur* Pitat, teniente de gendarmes, sujeto bastante justo pero muy altivo y amigo a tratarnos con mucho orgullo. En su tiempo principiamos a tener listas cada ocho días. Se nos prohibió salir de casa pasadas las diez de la noche, y asistían a las listas *gendarmes* para hacernos formar, se abrían las cartas que nos llegaban y debíamos echar las nuestras abiertas en el correo. Habiéndose escapado algunos individuos del depósito, se nos puso una lista diaria, de la qual se exceptuaba a algunos por justos motivos, o por gracia particular. El General Lacoste, sucesor de Gilot, era bueno, pero no se hacía sino lo que indicaba el Comandante. Habiendo salido luego Pitat, nos vino por Comandante un oficial retirado, llamado *monsieur* Motte, hombre grosero que no hacía favor o daño sino por capricho, que contaba como un crimen que un oficial no se quitase el sombrero en la lista, y que por este motivo echó a algunos del depósito. El escrutinio de las cartas se hizo en su tiempo más riguroso, y [...] hubo muchos oficiales destinados a Landau y otros castillos por cosas muy nimias»⁴².

CAUTIVOS EN CASAS PARTICULARES, AMISTAD CON SUS DUEÑOS

Desde junio de 1809 hasta enero de 1814, Román pasó a la casa particular de *monsieur* Blau, profesor de humanidades en la Universidad de Nancy. Por su estrecho trato entablaron una grandísima amistad. A raíz de los lazos generados por la confianza desarrollaron, como era común, diversas redes sociales que

38. Román, pág. 103. Jean R. Aymes, *Españoles en París*, Madrid, 2008.

39. María Zozaya, «Prisionero en libertad», en Fernando Durán y Diego Caro (eds.), *Experiencia y memoria de la Revolución Española*, Cádiz, e.p.

40. Francisco Fuentes, «Yo nada valgo», en Manuel Pérez e Isabel Burdiel (eds.), *Liberales eminentes*, Madrid, 2008, pág. 20.

41. Jean R. Aymes, *La deportation sous le 1^{er} Empire*, Paris, 1993.

42. Román, pág. 105.

entrelazaban el terreno profesional con la amistad, protección y padrinazgo⁴³. Gracias a lo cual, Román entró en clases universitarias privadas, participó en los círculos de sociabilidad de sus profesores, consultó su escogida biblioteca, aprendió griego y alemán. Además, Blau le buscó trabajo:

«Quando en febrero de 1812 nos disminuyeron las pagas, dexándonos reducidos á no poder subsistir sino con mucha escasez, me procuró la ocasión de trabajar en copiar los planos del Cadastro, con lo que ganaba algo que añadir á la paga. Pero como este trabajo no me gustaba, y para ganar algo era preciso emplear en ello todo el día con detrimento de mi estudio, me proporcionó de dar lecciones de latino á gentes que él conocía, siendo él quien primero me encargó sus hijos».

Estos vínculos con ramificaciones profesionales se sellaron en el terreno familiar por lazos de padrinazgo que le integraban definitivamente en el Cuerpo doméstico de la casa. Aunque fue padrino de la última hija de Blau, fueron sus «verdaderos ahijados en el cariño» otros de sus hijos: su discípulo José, Adolfo y Félix⁴⁴.

Cuando en enero de 1814 se los llevaron prisioneros desde Nancy a Normandía, residieron en casas de particulares con quienes —de nuevo— establecieron fuertes lazos. En febrero llegaron a Caudebec. Román se alojó en casa del señor Sage, a quien debió «muchos favores». Les unieron fuertes vínculos de amistad ramificados hacia diversos terrenos. Incluso se tradujeron en una fuerte protección que puso en peligro su propia seguridad⁴⁵. Cuando en abril les ordenaron salir hacia Caen con los ejércitos napoleónicos, como los aliados ya habían tomado París, *monsieur* le Sage se empeñó en conservarle oculto en su casa hasta la decisión final. Entonces, «Habiéndole representado que no podía separarme de mis amigos, tuvo la generosidad de hacerlos quedar igualmente». Tal protección se extendió a la vía económica, cuando tras la victoria aliada salieron hacia París y:

«El generoso *monsieur* le Sage, viendo que carecía de dinero, me hizo tomar por fuerza 8 luises para el viage. Por todos estos favores y el buen trato que experimenté en su casa le estaré enteramente agradecido, así como á su señora y hermano»⁴⁶.

43. Félix Requena, *Análisis de redes sociales*, Madrid, 2006.

44. Román, págs. 102-103. José M.^a Imízcoz, «Familia y redes sociales en la España Moderna», en Francisco J. Lorenzo (ed.), *La Familia en la Historia*, Salamanca, 2009, pág. 139.

45. Agradezco mucho el comentario de José P. Blanco sobre cómo dicha relación podría achacarse a un fenómeno equivalente al Síndrome de Estocolmo. En este caso, quien alojaba al prisionero generó unos mecanismos psicológicos por los cuales terminó identificándose con sus valores y su causa, apoyándole hasta arriesgar su vida y la de su propia familia, como hizo al esconder a los prisioneros.

46. Román, pág. 123.

COLOFÓN: DINERO EN TIEMPO DE GUERRA Y SOLIDARIDAD EN PRISIÓN

En el diario de Román se refleja la importancia —señalada desde antiguo— del «comer, el beber y el dormir»⁴⁷ en tiempo de guerra y prisión. Durante la guerra les daban comida de munición, si bien al ser conducidos prisioneros a Francia les pagaron las soldadas en dinero. Pero los gastos superaban a los ingresos, por lo que algunos tenían que pedir dinero prestado. Con él se pagaban comida o vestimenta, fundamentales en el camino incierto hacia el cautiverio. El uniforme y las armas, que en tiempo de guerra habían tenido gran relevancia, pasaban en prisión a un segundo plano.

También tenían que pagar el alojamiento, salvo cuando dormían en lugares improvisados, casernas o casas particulares. En Francia destacaban por su limpieza, comodidades y trato. Estando cautivos en casas particulares, generaron fuertes lazos de carácter doméstico que se ramificaron hacia aspectos profesionales y económicos. El apoyo brindado llegó al extremo de poner en peligro la vida de sus alojadores, tal vez identificados en exceso con la justicia de su causa.

47. Alfonso X el Sabio, *Las siete partidas*, Madrid, 2007, pág. 84.

ÍNDICE

LA JUSTICIA

Corregidor, Justicia y Alcaldes mayores. Conflictos generados en torno a la administración de justicia en el marco consistorial alicantino (1709-88). <i>María Teresa Agüero Díez</i>	11
La Justicia en escena. Ejecuciones públicas en el Valladolid del Antiguo Régimen. <i>Lourdes Amigo Vázquez</i>	23
El señorío de Vizcaya y el crimen de moneda (Siglos XVI a XVIII). <i>Olivier Caporossi</i>	41
La Justicia en la comunidad de Teruel durante el siglo XVII. <i>José Luis Castán Esteban</i>	55
Prisioneiros da Inquisição: índios de Brasil nas garras do Tribunal do Santo Ofício (século XVIII). <i>Maria Leônia Chaves de Resende</i>	66
A República das Províncias Unidas e o Catolicismo das Potências Ibéricas: Conflitos de Religiosidade durante a Ocupação Neerlandesa no Nordeste do Brasil século XVII. <i>Maria Paula Dias Couto Paes</i>	77
El <i>castigo de los esclavos</i> en la documentación inquisitorial. <i>Francisco Fajardo Spínola</i>	86
El juicio de residencia, mecanismo de control a los corregidores y sus ministros en las Cuatro Villas de la Hoya de Málaga. Siglo XVII. <i>Bartolomé García Guillén</i>	97
La justicia real ante conflictos señoriales. Los pleitos del señor eclesiástico de Atorga en la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid. <i>Noemí Garcimartín Muñoz</i>	110
Jurisdicción Episcopal y Jurisdicción Real. El obispo Juan Elías Gómez de Terán y el Consejo de Castilla (1738-1758). <i>Enrique Giménez López</i>	123
Un tribunal «en disminución». La Inquisición de Canarias en el siglo XVIII. <i>Jesús González de Chávez Menéndez</i>	131
El privilegio de jurisdicción de los familiares y su problemática en el juzgado de distrito de la Inquisición de Valencia. <i>Dolores Guillot Aliaga</i>	142
Murcia, 1622. Notas sobre los problemas jurisdiccionales en la justicia eclesiástica. <i>Antonio Irigoyen López</i>	153
Delincuencia y castigo municipal en los tiempos modernos: la justicia Antequerana. <i>Milagros León Vegas</i>	163
Litigar y sobresalir. Cofradías y justicia eclesiástica en Granada (1665-1700). <i>Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz</i>	174

ÍNDICE	1273
El nuevo contexto de las relaciones entre Cataluña y Francia tras la revuelta dels Segadors: los usos políticos de la poesía (1638-1645). <i>Joana Fraga</i>	815
Huidos, rebeldes, sediciosos y bandidos. Conflictividad y violencia en la sociedad valenciana como consecuencia de la derrota austracista. <i>Luis M. Rosado Calatayud</i>	828
Un motín en Luesia (Zaragoza) en 1616. <i>Juan Ramón Royo García</i>	840
«¡Viva el común y muera el mal gobierno!»: tumulto y saqueo en la ciudad de Tudela en 1654. <i>Javier Ruiz Astiz</i>	849
La conflictividad ruidosa en Canarias en el Antiguo Régimen. <i>Vicente J. Suárez Gritón</i>	862
«Al servicio de Su Majestad y de la quietud general del reino». La Inquisición de Sicilia en la segunda mitad del siglo XVII. <i>Marina Torres Arce</i>	874
Contra la Décima Eclesiástica: en los albores de la revuelta catalana de 1640. <i>Xavier Torres Sans</i>	885
Baza y Caniles, su villa, en la guerra de los moriscos. <i>Francisco Tristán García</i>	897
Marbella centro logístico de la rebelión en el sector occidental del obispado de Málaga. <i>Catalina Urbaneja Ortiz</i>	910
Vientos de rebelión. Valencia ante la entronización de Carlos I. <i>Pilar Valor Moncho</i>	921
 LA GUERRA	
La defensa de las islas Canarias frente al corso berberisco. <i>Luis Alberto Anaya Hernández</i>	933
El impacto de la guerra sobre la población rural a corto plazo. Un modelo de análisis. <i>José Pablo Blanco Carrasco</i>	944
Guerra y negocio: el corso en Bayona (Francia) durante la Guerra de los Siete Años (1756-1763). <i>Guadalupe Carrasco González</i>	961
Flandes indiano. Guerra Araucana y sociedad de frontera. <i>Jorge Chauca García</i>	974
Más allá de la Provincia: la función defensiva de Fuenterrabía como fundamento de sus prerrogativas en el entramado guipuzcoano y fronterizo (siglos XVI-XVIII). <i>Fernando Chavarría Múgica</i>	986
«Derramadores de la harina y cogedores de la ceniza» La imagen del personal de la administración militar en los siglos XVI y XVII. <i>José Miguel Escribano Páez</i>	997

La frontera atacada, la frontera defendida: la Sierra de Gata (Cáceres) en la Guerra de Secesión de Portugal. <i>María Estela González de la Granja y Felicísimo García Barriga</i>	1009
¿ <i>Felicísima Almansa</i> ? Tensión y conflicto en la Guerra de Sucesión. <i>Francisco García González</i>	1026
Los prisioneros de guerra franceses de la Guerra de Independencia y su imagen de España. <i>Manuel-Reyes García Hurtado</i>	1038
El capitán Francisco de Cuéllar antes y después de la jornada de Inglaterra. <i>Rafael M. Girón Pascual</i>	1051
Violencia militar sobre la población: incursiones lusitanas en los territorios españoles del sur de la frontera con Portugal. <i>Antonio Manuel González Díaz</i> ..	1060
Redes de espionaje y sospechas cotidianas en la Guerra de Sucesión española. <i>María Luz González Mezquita</i>	1072
No sólo de las armas vive el soldado. Los otros afanes de los militares de la Costa de Granada. El caso de Benito del Campillo. <i>Francisco Guardia Martín</i>	1085
El comercio marítimo y la guerra: las vicisitudes de <i>El Buen Consejo</i> , un navío de la compañía Ustáriz y San Ginés. <i>María Dolores Herrero Gil</i>	1098
Deserción y conflicto. Soldados fugitivos en el contexto de la Guerra de Sucesión. <i>Juan José Iglesias Rodríguez</i>	1112
Conflicto y consenso entre la jurisdicción ordinaria y militar durante la Guerra de Sucesión: una aproximación a partir del caso gallego. <i>María López Díaz</i>	1124
La deserción en el siglo XVIII. Una aproximación. <i>Enrique Martínez Ruiz</i>	1137
La defensa de Sicilia frente a la amenaza otomana durante el virreinato del Príncipe de Ligne (1670-1674). <i>María del Pilar Mesa Corona</i>	1150
Monarquía Pluricontinental portuguesa e trajetórias ultramarinas: o caso do resgate de Mombaça, 1694-1700. <i>Marilia Nogueira dos Santos</i>	1162
Preparativos y disposiciones de Felipe V para la expedición a Mallorca en 1715. <i>Eduardo Pascual Ramos</i>	1169
La defensa del territorio: política militar del virrey Francisco Gil frente a miedos colectivos (1790-1796). <i>Isabel M. Povea Moreno</i>	1181
Asentistas, intermediarios y mercaderes de hombres: el caso de Francisco de Torres Castejón (1648). <i>Antonio José Rodríguez Hernández</i>	1194
La organización de Armadas en las relaciones políticas hispano-inglesas. Empresas de castigo y operaciones de prestigio (1588-1656). <i>Porfirio Sanz Camañes</i>	1206
Previsiones bélicas durante el reinado de Carlos II. Málaga, 1666-1680. <i>Juan Sanz Sampelayo</i>	1218
La conflictividad generada por las levas de marinería en la España de la segunda mitad del siglo XVIII. <i>José Manuel Vázquez Lijó</i>	1230

ÍNDICE	1275
El declive de la actividad corsaria berberisca en el sureste español desde mediados del siglo XVII. <i>Francisco Velasco Hernández</i>	1241
Armas, ropas, comidas y casernas. Vida cotidiana de un ingeniero militar en tiempo de guerra y prisión. <i>María Zozaya Montes</i>	1253
ÍNDICE.....	1269